



Andan algunos curiosos discutiendo eso de la Real Academia de la Lengua Española y quiénes deben formar parte de ella y quiénes no. Y aunque antes de ahora hemos dado nuestra opinión al respecto no estará de más que volvamos ahora a darla aquí.

El problema se plantea generalmente en el sentido de si deben constituir la Academia de la Lengua los escritores más prestigiosos o los favoritos del público, o si deben constituirlos los especialistas en lingüística y filología, los eruditos de cosas de lengua. Y nuestra opinión es que no deben constituirlos ni los unos ni los otros, que no debe constituirlos nadie, que no debe haber Academia de la Lengua. La Academia misma, en sí, independientemente de quienes la formen, es un absurdo. Su misma, en sí, independientemente de cuando no estéril, dañina.

rep.

Si la Academia ha de ser una especie de panteón de escritores ilustres—de valor o de popularidad—, algo así como una orden civil, entonces no hay por qué encomendarla informes técnicos ni el que haga diccionarios y gramáticas. Encargarle de esto a un escritor artista, por bueno que sea, puede equivaler a encargarle un trabajo sobre la fisiología de los músculos a un atleta o a un acróbata. Hasta un excelente hablante y estilista puede y suele ser incapaz de analizar y desentrañar el habla y el estilo. Y como puesto honorífico, maldito el honor que da. Las distinciones honoríficas no sirven en rigor de nada, pues ni le añaden a uno un adarme de prestigio ni le valen siquiera, a modo de adarga, para protegerle de las demasías de los pícaros encaramados a la administración de los derechos y deberes. Y no vemos que el ser académico lleve aparejadas más ventajas que cobrar las dietas de las sesiones a que se asista y poder formar parte de tribunales de oposiciones a cátedras y algún otro emolumentillo de la misma laya.

Y si la Academia ha de ser un Cuerpo facultativo para limpiar, fijar y dar esplendor al idioma mediante diccionarios, gramáticas, informes, ediciones de clásicos, adjudicación de premios en Concursos, etc., entonces también está de más. Linares Rivas decía hace unos días, aquí mismo, que el objeto y el fin primordial de la Real Academia de la Lengua Española es la ardua tarea del Diccionario. Y lo hace muy mal. Y tiene que hacerlo muy mal. Y lo haría mal aunque estuviese compuesta de los 36 mejores lingüistas y filólogos de España. Toda obra colectiva y anónima, en que la responsabilidad se reparte, sale mal. Acaba por hacerla uno, el más necesitado, no pocas veces. Y no hay colectividad académica capaz

de hacer un diccionario como el que Littré o, más modernamente, Hatzfeld y Darmesteter, con el concurso de Thomas, hicieron de la lengua francesa. Las obras colectivas resultan siempre muy endeble en ciencia.

Conocemos en la Academia de la Lengua algunos, aunque muy pocos, poquitos, lingüistas entendidos, conocedores de la historia pasada y presente del castellano, y doctos en filología románica. Pues bien; si se reúnen para hacer un trabajo colectivo lo harán mal. Y esto no quiere decir que no deba haber solidaridad en el trabajo científico, ¡no! Una cosa es ayudarse e ilustrarse unos a otros y no emprender ninguna labor sin tener en cuenta los trabajos y resultados de los otros, y otra cosa es empeñarse en publicaciones colectivas. Y aun vamos más lejos, y es hasta afirmar que cuanto más inteligentes y sabios sean los que se unen para un trabajo de esos común peor sale la cosa. Nadie gusta de dar lo mejor suyo a una obra de esa índole colectiva. Y no se puede hacer un diccionario o una gramática como alguna Academia de Historia hizo una Historia, repartiendo cada período a sendos académicos y que lo firmaran. Y aun así salía desigual. Un diccionario, una gramática, tienen que obedecer a un plan, uno, a una dirección personal, y hasta cuando son obra colectiva como los famosos «Glossaria», de Ducange, es uno quien los dirige y da nombre.

Y si la Academia de la Lengua es un absurdo como colectividad constructora de diccionarios y gramáticas, es mayor absurdo como legisladora del idioma. Es un disparate que haya un Cuerpo legislador de la lengua. Cabe recoger lo que es la vida del lenguaje, pero no legislar sobre él. El derecho lingüístico es puramente consuetudina-





rio y el uso es, ya lo dijo Horacio, el derecho y la norma de hablar. Y de escribir. No basta que una Corporación oficial se empeñe en que escribamos y digamos «septiembre» y «oscuro», para que tengamos que pasar por tal desafuero contra lo normal de la lengua. Y para registrar el uso no hace falta Academia.

Por cualquier lado, pues, que se mire la Academia de la Lengua, en sí e independientemente de los que la forman, es, por lo menos, una institución inútil. Y si los Poderes públicos necesitaran alguna vez, para la más recta interpretación de una ley o para lo que fuere, que les ilustrén sobre el valor de alguna forma del lenguaje o el sentido estricto de algún documento, especialistas doctos hay y hay profesores y peritos oficiales. En los países en que no hay Academia—y no por ello anda peor ni menos limpia y fija y esplendorosa la lengua—, se acude a las Universidades.

En el escrito a que aludíamos decía Linares Rivas que «afortunadamente cada día se escribe peor, porque la gente va a la idea y no a la forma». Y añadía: «Por regla general no escribe bien, gramaticalmente bien, sino el que no tiene nada que decir...» Contra lo cual protestamos. Hay que ver qué es eso de ir a la idea y no a la forma. No cabe la una sin la otra. Y esos que, según nuestro amigo y compañero, escriben bien, gramaticalmente bien, resulta, después de examen, que escriben mal, rematadamente mal. Mal, estéticamente y hasta gramaticalmente.

Lo que se suele llamar escribir gramaticalmente bien, suele ser, no pocas veces, escribir mal, muy mal; suele ser escribir una lengua muerta, en rigor muda, mecánica y no orgánica, sin las roturas y los saltos y los cabos sueltos de la lengua viva, de la lengua hablada. Hay una cierta corrección gramatical a que sólo llega un extranjero, es decir, un hombre que como no piensa ni siente en la lengua ésta, la va traduciendo y la traduce con los cánones de la gramática, que es algo estático, en las mientes siempre, y así se le escapa todo lo dinámico. La lengua, como todo lo vivo, es algo que se está siempre haciendo, y cada uno de nosotros lo hace mientras lo habla, y un extranjero la escribe como algo hecho, como los humanistas del Renacimiento querían escribir el latín. Y a pesar de ello se les escapaba la vida.

Lo que hay es, y Linares Rivas debe saberlo, que aquí se llama escribir bien —y bien formalmente— a escribir mal, muy mal. Y esas gentes que no tienen nada que decir y sólo se preocupan de la pura forma del lenguaje, escriben, estética y lingüísticamente, muy mal, rematadamente mal. Todo el que no

dice nada habla muy mal si es orador, y escribe muy mal si es escritor. Muy mal, repito, en cuanto a forma, muy mal estéticamente. Los oradores huecos y sonoros hablan muy mal. Y si aquí se creó otra cosa es por la horrenda perversión del sentido estético en España. Esos llamados artistas de la palabra, esos ruiñeños canoros, no son tales artistas y hablan mal, muy mal. Como escriben mal, rematadamente mal, los que zurcen contones de frases y giros pescados acá y allá con gancho de trapero en nuestros clásicos. Eso no es ser escritor.

Un buen estilo de escribir no es tanto el que recoge las formas de lengua que se han elaborado ya, cuanto el que recoge las que se están formando, aquel estilo en que hay más brotes y más flores de la venidera cosecha que no secos frutos de la pasada. Preferimos dar vigor y madurez a los modismos de mañana que no macerar los de ayer. Nos molesta el estilo de uvas pasas e higos pasos. El lenguaje ha de ser futurista. Y el mejor escritor es el que adivina a qué nuevas modalidades va y no el que trata de conservar modalidades que se pierden. Los que hoy acerremos a acercarnos a lo que será el castellano del siglo XXI o del XXV escribiremos mejor que los que lo escriban con deajo y sabor del siglo XVII. Que no fué, además, buen siglo para la lengua.

El academismo es la peor enfermedad que puede padecer una lengua y sólo se cura no haciendo caso alguno de la Academia, y sin cuidarse de quienes la forman. Lo mismo da que sean unos que otros, ya que la Academia en sí, como legisladora del idioma, es un desatino.

Miguel de Unamuno.

